

**REVOLUCIÓN EN EL MUNDO DE LA  
EDICIÓN LITERARIA.**



Uno de los elementos que permite reconocer un proceso revolucionario es el cambio del centro de gravedad de los eventos en cuestión. En el mundo de la edición, el desarrollo de las nuevas tecnologías electrónicas está cambiando, entre otras cosas, el centro de gravedad de la edición literaria tradicional, especialmente la edición de los manuscritos recientemente creados por los escritores. Recordemos el funcionamiento de algunas editoriales prestigiosas del siglo XX, por ejemplo Gallimard, Flammarion, Grasset, etc. Un autor envía su manuscrito a una de esas editoriales reconocidas por su seriedad. En el mejor de los casos, si el manuscrito no es dejado de lado después de una rápida y, a veces, caprichosa primera revisión, pasa bajo la mirada de un lector "profesional" y luego, si éste cree haber encontrado algún valor literario, pasa bajo la mirada de un segundo. Si no hay acuerdo entre ellos, pasará bajo la mirada de un

tercero, proceso que puede durar meses, incluso años. Enseguida, un comité de lectura se reúne para pronunciarse sobre el interés de su publicación, teniendo en cuenta el prestigio del editor, la situación del mercado y el precio de la operación. Nada más sensato en un mundo donde una casa de edición es una empresa como otra y que, como tal, debe tener éxito económico o desaparecer.

Boris Vian, cuya vida ha sido el objeto de un telefilm, hizo la experiencia paradójal de esta situación. En una primera etapa uno de sus manuscritos fue aceptado con entusiasmo por el comité de lectura de Gallimard, dirigido por Raymond Quenau. ¡Qué felicidad para el joven escritor verse reconocido desde el comienzo de su carrera literaria, tanto más cuanto le hicieron creer en el espejismo del premio « La Pléiade », creado por el propio señor Gastón Gallimard para destacar una obra prometedora. Por desgracia, pese al apoyo y a las promesas de Quenau, el premio fue otorgado, bajo la mirada angelical del Señor Gallimard, a otro escritor, mucho menos talentoso pero más de acuerdo con los valores de una sociedad francesa convaleciente de la segunda guerra mundial y de las secuelas del régimen del mariscal Pétain. El

sufrimiento de Boris Vian fue comparable a sus traicionadas ambiciones. No obstante, soñando siempre de un gran éxito, tuvo la inspiración de escribir *"Iré a escupir sobre vuestras tumbas"*, novela que le aportaría una cierta notoriedad internacional y también dinero. Desafortunadamente para su imagen de creador, escondió su nombre detrás de un pseudónimo -Vernon Sullivan-, escritor ficticio del cual pretendía ser el traductor. A partir de ahí, Vian se vería empujado a firmar con ese pseudónimo otros libros escritos con la misma perspectiva comercial, mientras veía con despecho cómo sus textos firmados con su propio nombre y que él consideraba más valiosos desde un punto de vista estético, eran rechazados. « No », le hacía saber el Señor Gastón, siempre sonriente y angelical (según el telefilm), lavándose las manos en las aguas bautismales de su comité de lectura, pagado con su propio dinero. El resto de la historia es bien conocido: Boris Vian, apreciado por Gallimard sobre todo en calidad de traductor de polars de la muy rentable Série Noire, se dejó morir de cólera y desesperanza, víctima de algunos infartos harto comprensibles. No obstante, la rueda de la Fortuna habiendo girado una vez más, la posteridad haría justicia al escritor, reinstalado - años después de su muerte y con su verdadero

nombre- en el centro de sus obras completas publicadas en la lujosa Bibliothèque de la Pléiade...perteneiente a Gallimard. « Tout est bien qui finit bien », en especial para el editor, ganador en todos los casos : primero durante la vida del escritor, gracias a la serie negra de sus traducciones policiales mezcladas a algunos escándalos parisinos sabiamente explotados y luego con las substanciosas ventas de su colección de lujo, especie de consagración acordada con gran bombo... aunque algo tarde para el escritor ya enterrado. Boris Vian debe darse vueltas en su tumba y me pregunto si no tendría ganas de ir a escupir en el N° 6 de la calle Sébastien Bottin, recientemente rebautizada como « rue Gaston Gallimard » en honor de Monsieur. \*

---

\* Es útil recordar el papel jugado por el novelista Pierre Assouline (actual miembro de la Academia Goncourt) en este bautismo. Judío ortodoxo y sionista autoproclamado, lo enviaron, en cuanto empleado de la casa Gallimard, a solicitar a la alcaldía de París el cambio de nombre de la calle Sébastien-Bottin. Cumplió muy bien su encargo, cerrando los ojos sobre el pasado colaboracionista de Monsieur Gaston, quien durante la Ocupación (es mejor acordarse que olvidar) declaraba que su casa de edición era "una casa aria con capitales puramente arios". ¡Comprenda el judío ortodoxo que pueda!

### *La edición familiar.*

El caso de Claude Faraggi y del Señor Flammarion es menos conocido, pero no menos significativo en lo que concierne las relaciones entre autores y editores. Faraggi, tras graves percances con Messieurs-dames Gallimard (como lo cuento en mi panfleto *Cinq petits écrivains bourgeois*) fue recuperado por la famosa « éditrice » Françoise Verny en favor de Monsieur Flammarion Charles-Henri. Nombrado capitán de un equipo de « nègres » dedicados a la reescritura de los manuscritos de los novelistas best-sellers de la casa, Claude Faraggi (para mí, especie de Baudelaire contemporáneo extraviado en los pantanos de la novela del siglo XX), murió a la edad de 49 años temprano por la mañana, mientras preparaba su café en el estudio donde vivía solo, dejando en su computador el texto inconcluso de *Le Sourire des Parques*. La obra estaba bajo contrato con Flammarion y, al enterarme de su deceso, tuve apenas el tiempo de hacer una copia del manuscrito. Flammarion publicó el libro, pero amputándolo de su segunda parte en la cual Claude describe, con una espeluznante intuición, su propia muerte. "Texto insuficientemente trabajado,

incompleto, etc.", fueron los argumentos esgrimidos por Françoise Verny, que sabía llevar maternalmente de la mano a sus autores y calmar sus angustias de "escritores en pana" ofreciéndoles todo tipo de caramelos en nombre de Flammarion Charles-Henri. En realidad Claude Faraggi, asqueado por lo que observaba en la edición parisina, había intentado, en el espesor de su narración, una crítica de ese mundillo, crítica borrada por orden del editor-propietario de los derechos del autor tan oportunamente fallecido.

*De la importancia para un autor extranjero de respetar los usos y jerarquías del "milieu germanopratin".*

Pasemos a un caso más reciente, el del escritor ruso Andreï Makine quien, pese a su nacionalidad y a su lengua materna, se permitía enviar a los editores del "faubourg" Saint-Germain sus manuscritos directamente redactados en francés, sin hacerlos traducir y firmar por un traductor "conocido". Según lo denunció en mi *Manifiesto por una nueva literatura* haciéndome eco de las propias confidencias del novelista, sus manuscritos eran

sistemáticamente rechazados sin ser leídos (Makine lo comprobaba con un hilo de cola transparente sobre el borde del manuscrito, hilo siempre intacto), aunque muy bien acompañados de bonitas cartas de aliento. Finalmente, un amigo consiguió que uno de los editores del "faubourg" se interesara en publicarlo, pero con la condición de reescribir el texto en ruso y darlo a traducir a un traductor "de la casa". Una vez que estos pasos fueron debidamente respetados, Makine llegaría a obtener, años más tarde, el premio Goncourt y el Medicis...creados y pagados por los editores "germanopratin". "Tout est bien qui finit bien", una vez más, pues Makine, aconsejado por su amigo, el novelista y crítico Dominique Fernández, se abstuvo de ahí en adelante de hacer críticas sobre el "milieu", contrariamente a otro escritor, también venido desde el frío estalinista, el checo Milan Kundera. Escritor talentoso, Kundera fue primero incensado y adulado mientras cumplía el papel de escritor-mártir-del-comunismo, y luego condenado al ostracismo por haberse atrevido a criticar -en la cima de su celebridad novelesca y parisina- ese mismo "milieu" que lo había acogido tan calurosamente...sin ninguna intención ideológica, por supuesto. Hoy día Kundera vive fuera de Francia y aunque sigue

contratado por Gallimard, la crítica francesa lo ignora totalmente (como, dicho sea de paso, le ocurre también a García Márquez, a causa de su amistad con Fidel Castro).

### *Los reyes anglo-sajones.*

Dejemos Francia y vayamos a los Estados Unidos donde los editores siempre han sido los reyes de la literatura. El caso de Raymond Carver, escritor del cual supe en el Literary Workshop de la universidad de Iowa (desde donde escapé antes de ahogarme, como él, en las ondas del Kentucky's bourbon) es, sin duda, un caso extremo. Cuentista genial, sus textos eran mutilados y deformados por el editor neoyorquino Gordon Lish quien, usurpando el lugar del escritor que hubiera querido ser, cortaba a veces la mitad de un cuento o cambiaba el título según su capricho, hundiendo al pobre autor en la desesperación y en el alcohol que terminaría por matarlo. El caso del best-seller Douglas Kennedy, autor de varios "thrillers psicológicos" vendidos a cientos de miles de ejemplares, es también muy

demostrativo. Su agente literario le transmitió el mensaje de sus editores americanos: pese a su calidad de best-seller, rehusarían publicarlo nuevamente si no se alineaba con los principios y valores de los neocons favorables a Bush y a la invasión del Irak. El recuerdo aún fresco de los "samizdats" soviéticos lo empujó a publicar, a partir de entonces, en Inglaterra donde las casas de edición son más tolerantes, aunque tan ávidas de dinero como las estadounidenses. La prueba: el novelista John Banville, declarado imparcialmente "mejor escritor de habla inglesa de todos los tiempos" por sus propios editores, fue alentado a escribir "polars", mucho más rentables que sus primeras novelas "serias", tomando de pasada el sobrenombre no de James Joyce o de William Shakespeare, sino el de "Mr. Benjamin Black".

*Y los reyes españoles...*

Los autores metamorfoseados en "thrillers writers" bajo la presión de los editores son legión en todo el mundo. En España, por ejemplo, Vázquez Montalbán, Mendoza o (en un nivel muy inferior) Guelbenzu, inventaron cada uno un inspector de

policía estilo Sherlock Holmes, con la intención de ganar más dinero, sin temor de pisotear sus veleidades poéticas. En la misma España, el propietario de la editorial "Anagrama" y creador del premio literario que lleva humildemente su propio nombre -"Herralde"- se congratuló públicamente tras habérselo acordado -después de haberlo hecho esperar durante años- a mi compatriota Roberto Bolaño, autor del mejor "existencial thriller" del mercado actual, *Detectives Salvajes*. Bolaño murió poco más tarde, a la edad de 50 años, de una cirrosis del hígado consecutiva a su episodio juvenil de toxicomanía y me pregunto si no hubiera vivido más tiempo si Herralde le hubiese acordado su premio algunos años antes, cuando Bolaño vivía en la miseria. Por supuesto, ahora que el novelista chileno ha muerto, su muy hábil y lúcido editor está publicando con gran éxito comercial todos los manuscritos que le rehusó en vida. "A tout seigneur, tout honneur!" : según los críticos españoles, probablemente a la espera de llegar a ser, también ellos, novelistas recompensados por Anagrama, el Señor Herralde tiene el coraje de no hacer la siesta después de la paella del domingo, para poder consagrarse (como lo muestran las fotos de los reportajes que le son desinteresadamente dedicados

en los suplementos literarios del reino, con una copa de coñac en una mano y un grueso habano en la boca) a la corrección de los manuscritos "brutos" enviados por los autores para transformarlos, gracias a su propio genio literario, en maravillosas joyas de la literatura universal.

### *Las multinacionales al acecho.*

Dejemos de lado el pequeño mundo de las casas familiares y vamos hacia las grandes multinacionales de la edición mundial que amenazan con devorar, precisamente, a esas pobres familias que tratan de hacer dinero con la literatura como otras lo hacen con la lencería o los cosméticos. André Schiffrin, hijo de Jacques Schiffrin, el fundador de la Biblioteca de la Pléiade en los años 30 del siglo pasado (editor judío que fue cobardemente despedido en una carta de una sola línea enviada por su socio, Monsieur Gaston Gallimard, orgulloso de sus preferencias arias, despido motivado por la llegada de los nazis a París), asistió en Nueva York a la cruda deglución de Random House por

Bertelsmann S.A. El mecanismo es simple: primero se compra "rubis sur l'ongle" una editorial bien instalada en el mercado, prometiendo a todo el mundo que se respetará a los autores ya publicados y luego, tras un plazo más o menos corto, se comienza a exigir gradualmente -como cualquier banco de negocios- provechos en alza de 10, 15 o 20% por año. Todo libro que no aporte estas ganancias es automáticamente eliminado del catálogo y, desde luego, no se contrata a ningún autor cuya obra no prometa un éxito comercial rápido y jugoso. Fuera entonces los escritores altamente literarios y bienvenidos los best-sellers de pacotilla. Peor aún, fuera los escritores tradicionales y paso a los montajes editoriales con equipos de "nègres" dispuestos a escribir lo que el editor y sus agentes consideran rentable. Ciertamente, como la contradicción está presente en todo, André Shiffrein tiene la ingenuidad de creer que el problema sería resuelto si se volviera al siglo pasado y a la edición paternalista de la Horrible Époque, aquélla de los colaboradores del Tercer Reich...tales como Gallimard, Grasset, Flammarion, Hachette, etc. (Según ellos, colaboraban únicamente para tener papel y publicar, además de los escritores adictos a Hitler, a algunos autores más o menos resistentes,

ganando astutamente, como de costumbre, en todos los niveles. Después de la Liberación, la justicia francesa sería clemente con ellos porque no tenían sangre fresca en las manos, pero la Historia no puede ni debe olvidar su felonía.)

*Moby Dick a la caza.*

Los escritores latinoamericanos y españoles podrían creer en un "justo medio" entre esas dos opciones -paternalista y multinacional-, opción representada por el Señor Lara, fundador de Planeta y ahora propietario de una cincuentena de casas de edición desparramadas en Europa y América. Su empresa está destinada, según sus declaraciones de editor transido de altruismo cultural, a asegurar la promoción planetaria de las letras hispánicas. Con este fin ha creado varios premios literarios ricamente provistos en dólares a los cuales pueden pretender sin temor alguno todos los escritores de lengua española, tranquilizados por la presencia en el jurado de algunas celebridades del "show-biz" literario. Pero el Señor Lara, especie de Moby Dick

de la edición hispánica, utiliza esos jurados como cortinas de agua para ocultar sus verdaderos apetitos. En realidad otorga sus premios a quien quiere, gesto en apariencia no condenable porque al fin de cuentas se trata de su dinero. El novelista argentino y profesor de literatura en Princeton University -Ricardo Piglia- benefició así de los centenares de miles de dólares del premio Planeta, pese a su condición de empleado de Planeta S.A., hecho que iba, en principio, contra el reglamento del concurso. Algunos escritores que participaron en el evento se rebelaron y llevaron al editor delante de los tribunales de Buenos Aires, sin impedir por ello que Piglia se llenara los bolsillos con los dólares en cuestión, antes de escapar a los Estados Unidos para enseñar a los estudiantes de Princeton lo que se debe hacer para triunfar en literatura contemporánea: ser empleado de un editor de peso. Pues bien, es necesario reconocer que su caso es menos escandaloso que el de Vargas Llosa, premio Nobel de literatura 2010, corona más allá de toda sospecha después de que la extrema derecha sueca vigila discretamente a la Academia del Rey de Suecia.

Como lo cuento en otro de mis panfletos - *Vargas Llosa, el neopinochetismo y Karl Popper*- el

Señor Lara, buscando un gran efecto publicitario, decidió aumentar el monto de su Gran Premio dotándolo de una suma superior a la del premio Heralde. Por supuesto, centenares de escritores hispánicos se dieron ingenuamente el trabajo de enviar sus manuscritos, sin saber que el premio había sido previamente negociado a escondidas entre Lara y Vargas Llosa. Pero ¡oh infortunio!-"Varguitas", que había en su niñez desposado a su tía y en su vida adulta a su prima-hermana, se enamoró locamente en su vejez de una nieta y no tuvo la fuerza de terminar su novela a tiempo para el concurso. El premio fue adjudicado a regañadientes a un triste novelista de reemplazo, que no sabía si agradecer a Dios o al Señor Lara por tanto dinero caído del cielo. Las cosas se arreglaron al año siguiente cuando Varguitas puso -cacareando con toda mediocridad- su enésima "obra maestra del siglo". "Tout est bien qui finit bien", una vez más, y los críticos de *El País Neoliberal* y del resto de la prensa española, deseosos de ganar también algún día el nuevo premio, se taparon las narices delante del huevo y aplaudieron el hecho como convenía. Reforzado por su éxito y aconsejado por el agradecido Varguitas, el Señor Lara creó un nuevo premio -"Casa de América"- destinado a hacer

sombra sobre el prestigioso premio discernido en La Habana -"Casa de las Américas"- de manera de controlar mejor el mercado literario latinoamericano amenazado por los "rojos". Seguro, para obtener los 300.000 dólares de esta nueva recompensa ultra literaria, es recomendado seguir el ejemplo de un anticastrista oportunista y visceral como Jorge Edwards, representante en París del actual régimen neopinocetista instalado en Santiago, laureado del premio en 2008.

*Un verdadero cuento de hadas.*

A fines del segundo milenio la situación de la literatura -transformada en una mercancía como cualquier otra y reducida a una función de simple entretenimiento o de proveedora de escenarios cinematográficos- parecía no tener salida y los escritores condenados a ser los perpetuos servidores de un sistema donde los editores son los Señores cuando se produjo la revolución tecnológica desencadenada por Internet. Apoyándose sobre esta nueva tecnología, un grupo de escritores americanos,

cansados de ver sus manuscritos rechazados por razones comerciales o ideológicas sin verdadera relación con su valor literario y el fruto de su trabajo escamoteado por innumerables intermediarios, concibieron, a comienzos de los años 2000, un mecanismo de auto-edición al alcance de cualquier autor. Este fue el punto de partida de Create Space (2007- 2009) y de varias otras asociaciones parecidas a través del mundo. En 2005, en el Salon du Livre de Paris y con el apoyo de Sens Public, lancé, delante de la indiferencia general reservada a este tipo de eventos, mi *Manifiesto por una nueva literatura*. En ese *Manifiesto* ("pas de nouvelle littérature sans nouvelle édition"), imaginé la posibilidad -gracias a la lectura y a la escritura electrónicas y a la mediación de Internet- de una inversión o, mejor dicho, revolución de la relación editor/escritor, destinada a devolver a los escritores su libertad de creación. Grandes fueron mi sorpresa y mi alegría cuando descubrí, poco tiempo después, que lo que parecía una utopía no lo era y que otros escritores no solamente pensaban como yo, sino que el mecanismo para realizar la revolución con la cual soñaba acababa de ser puesto en marcha.

Decidí entonces ponerlo a prueba con uno de mis antiguos manuscritos -*El Rapto de Sabina*- (una historia de amor ilustrada con las Anunciaciones florentinas), rechazado por todos los editores, sea en su versión española, sea en su versión francesa. "Demasiado *hard* para Flammarion" me respondió gentilmente Madame d'Ormesson, hija del duque d'Ormesson y reemplazante de Françoise Verny en Flammarion, antes de instalar su propia casa de edición, estrictamente aristocrática. "No es suficientemente novelesco para el público de Fayard", me hizo comunicar a través de Madame Colombani, su director Claude Durand, intrépido y genial descubridor de García Márquez y de Soljenitsyne, escritores que, según él, hubieran permanecido desconocidos sin su audaz intuición. "Demasiado caro para las Editions du Rocher", me afirmó por su parte Jean-Paul Bertrand durante un cóctel ofrecido delante de su editorial en la plaza St.Sulpice, y cuyo olfato de hombre de negocios puro y duro lo empujó a vender su "boîte" (bien atada y llena de autores inocentes) a los Messieurs-dames Pierre Faye, ricos farmacéuticos de profesión. "Las imágenes no van con la novela", me advirtió Joaquim Vital, quien sin embargo había osado publicar mi *Retrato de un psiquiatra incinerado* y *La*

*Guérison*, intertexto escrito en varias lenguas y saludado por Michel Butor. "Las imágenes no tienen nada que ver con el género novela", insistió el fundador de les Éditions de la Différence, refiriéndose a las reproducciones en color de las Anunciaciones que ilustran el relato, sin prever que la crítica internacional iba, poco después, a extasiarse delante de los libros cargados de imágenes (en blanco y negro, borrosas y sin relación estética inmediata con el texto) de G.W. Sebald. Más sorprendente aun tratándose de un editor que se pretendía poeta, no quiso tomar en cuenta *Nadja*, novela ilustrada por su propio autor, André Breton. Y dejó de lado las innúmeras vírgenes escandalizadas, tanto en Francia como en España, para quienes mi manuscrito no correspondía al "perfil" de la casa, católica como se debe.

En realidad (y sobre esto no puedo sino dar razón a cualquier editor) la fabricación del libro se revelaba demasiado cara a causa de las viejas tuberías agujereadas de la "usine à gaz" que ha llegado a ser la edición convencional, lastrada además por las innumerables novelas invendidas en las librerías. Sin embargo, para no decepcionar a algunos amigos bienintencionados que me

aconsejaban adaptarme a "la realidad", pensé un instante en seguir sus consejos y enviar el texto a Monsieur Pol, editor reputado en el "milieu" por su "independencia" y su "buen gusto" incomparable e infalible. Pero cuando descubrí que él era socio subalterno del clan Gallimard y que se jactaba de no publicar más de un manuscrito sobre los 3000 que recibe por el correos cada año (los otros 2999 no satisfacen para nada su gusto "papal"), decidí no perder más mi tiempo. Resumiendo: recordando el ejemplo de Fernando Pessoa que murió de una cirrosis alcohólica a la edad de 47 años prácticamente inédito, guardé mi manuscrito modestamente en un cajón...desde donde iba a salir gracias a Create Space.

### *La Curación.*

Concretamente hablando, con la "new fashion edition" (nada que ver con la publicación "a cuenta de autor" inventada por los editores convencionales para recuperar astutamente el dinero de los escritores rechazados) se evitan las mezquindades del mercado local y se ofrece al autor la posibilidad de continuar el proceso de creación

dando a su libro la forma que él quiere. Es el escritor quien decide -dentro de un largo abanico de posibilidades- del formato de su obra, de las cubiertas, de la paginación, del tipo de papel, de las ilustraciones, de los colores, del precio del libro y de las fechas de su publicación, proceso que puede extenderse entre algunos días y algunas semanas según las capacidades cibernéticas del autor, antes de obtener un producto de sorprendente calidad. Ya no es necesario agente literario alguno, ni comité de lectura (en realidad, comité de censura), ni distribuidor (el distribuidor de *La Guérison* se quejaba de que el libro era "demasiado complicado"), ni siquiera librerías (mis libros eran rápidamente retirados de los estantes porque "demasiado lentos en venderse", mientras que CS los ofrece en permanencia por Internet y los expende en el mundo entero). Pero, sobre todo, ya no hay más exclusión lingüística, ni exclusión de nacionalidad, ni tampoco exclusión cultural o moral. El autor escribe lo que quiere en la lengua que quiere. Además, dado que el nuevo sistema no conoce los "inventados" puesto que los libros son impresos según las órdenes de compra, la ganancia del escritor es tres a cuatro veces superior a la de la "old fashion edition". Y tras cada libro vendido el dinero es

automáticamente depositado en su cuenta bancaria. El nuevo sistema, cuyo centro de gravedad no es más el editor, sino -como lógicamente hubiera debido ser desde siempre- el escritor, no hace más que comenzar. Todo no es perfecto a causa de las nuevas barreras impuestas por el antiguo régimen (los críticos convencionales se prohíben sabiamente hacer eco a los libros auto-editados, considerados como de "mauvais goût" y "bas de gamme"), pero ya es posible observar la primera consecuencia de esta revolución: una verdadera libertad de creación que provocará un renuevo de la literatura, todavía restringida y orientada según los intereses comerciales de los editores, largamente responsables de la decadencia de la literatura contemporánea. Mejor aun, el escritor tiene ahora la posibilidad de ejercer enteramente su responsabilidad de creador y de asumir así su dignidad en cuanto motor originario de la literatura, sitio desvergonzadamente usurpado por los "grandezeditores" en todo el mundo. Marcel Proust infatigable y perpetuo corrector de sus textos, que se hacía ayudar por su *gouvernante*, Céleste Albaret, para pegar sobre las galeradas sus correcciones (pagadas de su bolsillo a Monsieur Gaston Gallimard), hoy día estaría feliz con la posibilidad, entre muchos otros avances técnicos, de

modificar fácilmente un libro, incluso después de su publicación. ¡A lo mejor hubiéramos tenido la suerte de leer "*Le Temps Retrouvé*" perfectamente acabado!

Curiosamente esta verdadera revolución cultural cuyos efectos se dejan sentir más y más pese a las tentativas de restauración de los tenderos concernidos, no es el hecho de los revolucionarios latinoamericanos ni el fruto del desarrollo tecnológico de la China socialista. Esta revolución ha sido desencadenada por un puñado de escritores que pertenecen a la estricta familia de los escritores auténticos, en el seno de la más liberal de las naciones: los Estados Unidos de América.